

de mí mismo, rebelándose mi carne contra el espíritu, y las pasiones contra la razón, está diciéndome que hay Dios, por cuya virtud podré rendir á los que no puedo con la mía. Con esta consideración tengo de consolarme y alentarme, así en mis trabajos como en los ajenos, y así en los propios como en los comunes; y de los males del mundo, sacar el sumo bien que está dentro de él á quien pertenece remediarlos. Ó alma mía, abre tus ojos, y tiéndelos por ese mundo y por lo que hay dentro de ti, mirando todas las cosas, prósperas y adversas; y luego abre tus oídos para oír lo que te dicen, y oirás que están clamando, como en medio de todas hay un Dios que puede dar las prosperidades, y librar de las adversidades á los que no pueden librarse de ellas. Alégrate con esta buena nueva, y procura como el Apóstol, mostrar tu fidelidad, peleando á diestro y á siniestro, en lo próspero y en lo adverso, sirviendo en todo al que se muestra ser Dios en todo, y por ello merece ser alabado de todos. Amen (1).

3. De estas consideraciones que se han puesto, sacaré cuánto importa tener viva fe, y luz cierta de esta verdad, y memoria continua de ella, porque es freno de todos los vicios y espuela de todas las virtudes; y al contrario, la falta en esta fe ó la mortandad en ella, ó el olvido de esta verdad, es causa de todos los pecados del mundo, y de todas las tibiezas é imperfecciones que hay en el divino servicio. Y por esto dijo David, que en diciendo los necios dentro de su corazón, no hay Dios, luego estragan sus costumbres y se hacen abominables, y no hay entre ellos ni uno solo que obre bien (2); como si en una república entendiesen los hombres que no hay rey, ni juez, ni justicia, luego se desenfrenarían en millones de maldades unos contra otros. — Y el mismo daño hace olvidarse de que hay Dios, como se dice en Job (3); y por esto, con grande exageración nos pide la divina Escritura, en la ley, y Salmos, y Profetas, que no nos olvidemos de Dios, y que nos acordemos siempre de él (4), porque acordándonos que hay Dios, no pecaremos, viviremos contentos, alegres, confiados, y con ánimo para ejercitar todas las virtudes, como decía David: *Acordéme de Dios, alegréme y ejercitéme, hasta que desfalleció mi espíritu* (5).

4. De aquí también sacaré gran compasión de los pecadores que confiesan con la boca que hay Dios, y, como dice san Pablo, lo niegan con las obras (6), ponderando cuán grave mal es un pecado mortal,

(1) II Cor. vi, 7. — (2) Psalm. xiii, 1. — (3) Job, viii, 13.

(4) Deut. vi, 13. — (5) Psalm. lxxvi, 4. — (6) Tit. i, 16.

pues, cuanto es de su parte, es negación de Dios, y una protesta práctica de que no hay Dios á quien se haya de obedecer, ni que pueda castigar (1); pero yo, al contrario, tengo de protestar esta verdad con el corazón, y con la lengua y con las obras, y gozarme de que haya Dios, y darle gracias por la fe que me ha dado de esta verdad, y procurar traerle siempre en mi memoria, tomando á las criaturas por despertadores de mi olvido, para que en viéndolas, luego me acuerde que hay Dios, por quien ellas y yo tenemos ser, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

## MEDITACION II.

DE LA ETERNIDAD DEL SER DE DIOS, Y COMO ÉL SOLO ES EL QUE ES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como no solamente es verdad certísima que hay Dios, sino que este Dios necesariamente es, fué y será siempre (2); porque su esencia es ser: y así preguntando Moisés á Dios por su nombre, le respondió: *Yo soy el que soy*. Y á los hijos de Israel dirás: *El que es, me envió á vosotros* (3). Como quien dice: Mi nombre propio es ser el que es, y mi esencia es ser siempre, sin que sea posible dejar de ser, como no es posible que el hombre no sea racional, y que la piedra no sea cuerpo. De suerte que Dios fué antes que fuese el mundo; y si con la imaginación fingiese millones de millones de años, que precedieron al ser del mundo, antes de todo ya era Dios, y siempre fué. Y por esto en la Escritura se llama: *Antiquus dierum, el Antiguo de días* (4); porque todo lo criado es nuevo y reciente, y él solo es tan antiguo, que no se puede hallar principio de su ser.

2. Demás de esto, en este ser ha permanecido siempre sin mudanza alguna, como él lo dijo por Malaquías: *Yo soy Dios que no me mudo* (5), ni me envejezco ni marchito, sino siempre permanezco en un mismo ser, *tan libre de mudanza, que ni la sombra de ella me toca* (6). Y en este mismo ser permanecerá para siempre, durando millones de millones de años, sin que se pueda imaginar fin de ellos. Por lo cual dijo David: *Tú, Señor, siempre eres el mismo, y tus años no desfallecerán* (7); y por esta causa Dios es y se llama eterno, cuya eternidad consiste en que su ser ni tuvo principio, ni puede tener

(1) Job, xxxi, 28. — (2) D. Thom. 1 p. q. 2, art. 3; q. 3, art. 11.

(3) Exod. iii, 14. — (4) Dan. vii, 9. — (5) Malach. iii, 6.

(6) Jacob, i, 17. — (7) Psalm. ci, 28.



fin, ni sucesion ó mudanza alguna, sino todo él siempre fué, es y será, como fué. De donde sacaré grandes afectos de gozo y alabanza, por este ser eterno de Dios, cantándole aquel cántico de los santos cuatro animales, que decían: *Santo, santo, santo, el Señor Dios todopoderoso, el que era, y es, y será, y ha de venir* (1). O Santo de los santos, firme, estable é inmutable en tu ser, que todo es santo, ven á darme noticia de quién eres, y de tu eterno ser, para que mi alma, ilustrada con tu luz, te alabe, y glorifique y bendiga por toda tu eternidad. Amen.

3. De aquí también sacaré, cuán abominable cosa es la propia voluntad; de la cual dice san Bernardo (2), que cuanto es de su parte querría matar y destruir á Dios, y que Dios dejase de ser, y que no fuese tal cual es, para que ni supiese sus males, ni pudiese castigarlos; y este disparate protestan con las obras todos los pecadores que se rinden á su voluntad propia, que es contraria á la de Dios, de los cuales me debo compadecer, llorando las veces que yo he intentado tal locura. Y al contrario, gozándome de que Dios tenga tal ser, que ninguno pueda destruirle, ni menoscabarle, ni quitar nada de lo que su sabiduría y omnipotencia tiene, porque todo es eterno é inmutable, como su mismo ser.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar como de tal manera es esencia de Dios ser el que es, que á ningún otro que á Dios puede convenir, porque solo Dios tiene el ser de sí mismo, y todo lo demás recibe el ser de Dios; y así es principio sin principio, de quien todas las cosas dependen en su ser, y él de ninguna. Y por esto dijo el Apóstol, *que solo Dios tiene inmortalidad* (3), porque solo él de su naturaleza tiene el no poder morir, ni dejar de ser; pero las demás cosas, aunque sean el cielo, sol, luna y estrellas, y los mismos Angeles de su cosecha no tienen ser, antes están sujetos al no ser, y son de suyo cosa vana (4), y vacía de ser, y (5) como la vestidura se envejecieran y vendrían á perecer, si Dios no las da siempre su ser y se lo conserva.

2. De esta verdad, bien ponderada, sacaré el principal fundamento de la vida espiritual, porque en ella se funda la profunda humildad que debemos tener delante de Dios, la cual tienen los Angeles, y los espíritus bienaventurados, y la Virgen nuestra Señora, y la misma alma de Cristo nuestro Señor, y es razón que yo la procure, considerando, que como solo Dios es el que es, así yo soy el

(1) Apoc. iv, 8. — (2) Serm. 3 de Resurrect. — (3) I Tim. vi, 16.

(4) Rom. viii, 20. — (5) Psalm. ci, 27, et ciii, 29.

que no soy, porque de mi cosecha no tengo ser ni le puedo tener si no es de Dios, y en dejando él de dármele, me volveré en nada; y como dijo Dios á Adán: *Polvo eres, y en polvo te volverás* (1), porque fué hecho de tierra y se convertiría en ella; así debo entender proporcionalmente que me dice Dios: Nada eres, y en nada te volverás, porque fui hecho de nada, y de mi cosecha soy nada, y luego me volvería en nada, si Dios no me conservase, aunque por su voluntad el ser de mi alma nunca se volverá en nada. Y si soy nada cuanto al ser, que es fundamento de las demás perfecciones, lo mismo sería en todas ellas; y así de mi naturaleza y cosecha ni tengo ser, ni saber, ni poder, ni obrar, ni movimiento alguno, ni tengo estabilidad, ni firmeza en cosa mia; todo está sujeto á vanidad y mutabilidad, y parará en muerte y en no ser, si Dios no lo conserva; y por esto dijo David: *Pusiste medida y tasa á mis días, y mi sustancia es como nada delante de ti* (2). Sustancia llama todo su ser y sus potencias y virtudes, y la firmeza y fortaleza que resplandece en todas las cosas que posee dentro y fuera de sí, lo cual, todo de su cosecha, es nada en la presencia de Dios, sin el cual no tiene ser.

3. Sobre esta nada que tengo de mí, y sobre el ser esencial que tiene Dios de suyo, fundaré todos los afectos de la vida espiritual. — Unos para con Dios, amándole como á principio de mi ser, reverenciándole por la singular excelencia que tiene en el suyo, confiando en él como en autor de toda virtud y de la firmeza en ella, alabándole y agradeciéndole el ser que me da, con los demás afectos de resignacion y obediencia que se deben á tan gran Dios. — Otros afectos serán para conmigo mismo, despreciándome por la nada que soy, desconfiando de mis fuerzas, no presumiendo de ellas, ni atribuyéndome cosa buena que tuviere ó hiciere, dando de todo la gloria á Dios, y ahogando todos los movimientos de soberbia, presuncion y vanagloria en el abismo de esta nada. O Dios eterno, cuya esencia es ser con modo tan singular; gózome de que tú solo seas el que eres, y que nada tenga ser si no es de tí. Esclarece los ojos de mi alma para que conozcan el ser que tienes por tu esencia, y el no ser que yo tengo de mi cosecha, para que sobre estos dos conocimientos, como sobre dos polos firmes é inmutables, se mueva la rueda de mi vida, hasta llegar al descanso de la eterna, donde te vea y goce, participando de tu eternidad. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como la esencia de Dios es ser el que es, porque su ser simplicísimo, sin añadi-

(1) Genes. iii, 19. — (2) Psalm. xxxviii, 6.



dura ni composicion encierra con suma identidad y union, y sin limitacion alguna, todas las perfecciones de todas las cosas que tienen ser, con un modo eminentísimo, y otras infinitamente mayores y mas excelentes de lo que podemos entender; de tal manera, que en su comparacion todas las cosas criadas y las que pueden criarse son como nada, y como si no fuesen ni tuviesen ser. Por lo cual dice Isaías, que *todas las gentes delante de Dios son como una gotica del agua que gotea del caldero, ó como la minima inclinacion que hace el fiel de la balanza*; y finalmente *son en su presencia como si no fuesen y como nada, y cosa vacia de ser* (1). De donde sacaré una grande estima de la soberanía y majestad del ser de Dios, ante cuya presencia cosas de tan noble ser quedan oscurecidas, y son como si no fuesen:

—lo cual se ponderará mas en la meditacion IV y en las siguientes.—

2. Y tambien sacaré la poca estima que por esta parte debo tener de todas las cosas criadas, especialmente de estas visibles que me arrebatan el corazon, pues en presencia del divino Ser son como una gota de agua, que no puede hartar mi sed ni la minima parte de mi deseo, y son tambien mudables como el fiel del peso, que fácilmente se inclina, ya á una parte, ya á la contraria, con cualquier peso que se ponga en la balanza. Ó Dios eterno, cuyo nombre propio es ser el que es; gózome de la soberanía de este nombre, tan propio tuyo, que no es posible convenir á otro que á tí. Ó nombre venerable, nombre inefable, escondido á Abraham, Isaac y Jacob, y manifestado á Moisés en señal de amor (2): descúbreme, Dios mio, las riquezas inestimables de este nombre, para que te reverencie, adore, ame y sirva, como Señor de tan soberano ser merece. Ó alma mia, si Dios es solo el que es, abarcando toda la perfeccion del ser, ¿por qué no te juntas con él, para que tu ser tenga nobleza y firmeza con el suyo? ¿por qué te derramas por las criaturas vacías de ser, pues no te pueden dar lo que desees, no teniéndolo ellas? Desde hoy mas, Dios eterno, tendré todo lo criado por estiércol y basura, por pérdida y detrimento, por vanidad y nada, en razon de juntarme contigo, para amarte y servirte por toda la eternidad. Amen (3).

(1) Isai. xl, 15. — (2) Exod. vi, 3. — (3) Philip. iii, 8.

## MEDITACION III.

DE LA INFINIDAD É INCOMPENSIBILIDAD DEL SER DE DIOS.

—Para entrar con seguridad en el conocimiento de las grandezas del ser de Dios sin anegarnos en ellas (1), es necesario conocer que es infinito é incomprensible, y que á su grandeza pertenece que ningun otro que sea menos que él pueda comprender todo lo que tiene, para cuyo entendimiento advierto, que como hay dos modos de hacer una imagen, uno por pintura y otro por escultura; el primero se hace añadiendo varios colores y rayas sobre la tabla; el segundo, quitando con el cincel muchas partecitas de ella, hasta dejar entallada la figura. Así dice san Dionisio, hay dos modos de conocer á Dios y de formar dentro de nuestra alma un concepto verdadero y propio, que sea imagen de su divinidad (2). Uno por afirmaciones, poniendo en Dios las excelencias y perfecciones que hay en las criaturas, con modo muy mas perfecto, diciendo que es bueno, sabio, poderoso y fuerte. Y otro por negaciones, quitando de Dios lo limitado que vemos en las criaturas, por ser cosas indignas de su grandeza, y por esto decimos que es infinito, inmenso, incomprensible, inefable, etc. Y de este modo de conocer á Dios será esta meditacion, el cual dice mas con su infinita grandeza, y nos abre la puerta para el otro primero; del cual serán las meditaciones siguientes.—

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los cinco sentidos corporales (3), y por consiguiente no es blanco, ni colorado, ni resplandeciente, ni hermoso como las cosas que acá se ven. No es como cielo, sol ó estrellas, ni es como fuego, aire ó agua, ni es como leon, águila ó cuerpo alguno, porque todo esto que se percibe con los sentidos es cosa indigna de la grandeza de Dios, el cual infinitamente excede á todo esto, y es grandísimo agravio compararle á ello con igualdad, conforme á lo que dice Isaías: *¿Á quién hicisteis semejante á Dios? ¿á quién me comparasteis é igualásteis? dice el Santo* (4). Ó Santo de los santos, todos mis huesos se conviertan en lenguas y digan á voces: *Domine, quis similis tibi? Señor, ¿quién hay semejante á tí* (5)? No hay alguno semejante á tí

(1) D. Thom. 1 p. q. 7, art. 1; q. 12, 7. — (2) De mystica theol. c. 3; de divinis nom. c. 7; D. Thom. lect. 4. — (3) D. Thom. 1 p. q. 7, art. 3.

(4) Isai. xl, 18. — (5) Psalm. xxxiv, 10.